ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA

LA

NOVELA DEL AMOR

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA,

POR

D. VALENTIN GOMEZ.

MADRID:
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.

1879.

ADICION AL CATÁLOGO DE 30 DE ABRIL DE 1878.

COMEDIAS Y DRAMAS.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería.
		Afinador y mártir...........	1	D. Luis Taboada.......	Todo.
3	2	Amor en la ausencia........	1	Angel Rodriguez....	»
3	2	A un valiente otro mayor....	1	Márcos Zapata.....	»
3	2	Caer en la trampa...........	1	Eduardo S. Castilla..	»
»	»	C. Martinez..................	1	Lasala y O. de la Torre............	»
3	2	Corbata roja.................	1	Manuel Nogueras....	»
2	2	El hombre perro............	1	J. G. de Lima.......	»
2	1	El marido y la mujer—j. o. p.	1	D.ª Camila Calderon....	»
»	»	El mestre de fer coloquis....	1	D. F. de P. Huertas....	»
»	»	El nono no desear...........	1	José Barreda.......	»
4	2	El que al corazon no llama...	1	Manuel Urban.......	»
5	2	El otro yo...................	1	José Estremera.....	»
3	1	El verdugo de si mismo.....	1	Angel Rodriguez....	»
3	2	Entre dos fuegos............	1	Gerardo Velez......	»
3	1	Específico moral............	1	Eusebio Sierra.....	»
3	2	Ganar la plaza..............	1	Bernardo Bueno....	»
»	»	La conquista de un papá.....	1	Javier de Búrgos....	»
2	2	La flor del humbrio.........	1	Angel Rodriguez....	»
1	2	La horma de su zapato.......	1	M. Barranco y Caro.	»
3	1	La muñeca—j. o. p..........	1	Pedro Escamilla....	»
»	»	La tea de la discordia.......	1	F. de P. Huertas....	»
1	2	La vendetta—j. a. v.........	1	José Estremera.....	»
»	»	Las escuelas en España......	1	Francisco Palanca...	»
3	1	Las tres palmatorias—c. a. p.	1	José de Fuentes.....	»
3	1	Los amigos de Benito—j. o. p.	1	Sres. E. Sierra y A. Sanchez Ramon......	»
»	»	Los caribes..................	1	D. Manuel Nogueras...	»
2	4	Los dos sobrinos y el tio.....	1	José Conde Souleret.	»
4	1	Los matrimonios del dia-j. o. p	1	Eugenio Picazo.....	»
5	1	Nobleza y villanía..........	1	V. M. de la Tejera..	»
5	»	Paz octaviana...............	1	Manuel Nogueras ..	»
4	1	Perez y Quiñones—c. o. p....	1	Vital Aza...........	»
1	2	¡Que viene mi mujer!—j. a. p.	1	F. Oconell..........	»
3	2	¿Quién es Calleja?—j. o. v....	1	Sres. Vidal y Caballero.	»
3	»	Sobre la marcha.............	1	D. Pelayo del Castillo..	»
3	3	Una mujer por dos horas....	1	J. G. de Lima.......	»
»	»	Un empleo encomanat.......	1	F. de P. Huertas....	»
7	5	Voz del pueblo, *parodia*.....	1	Fuentes y Solsona...	»
3	3	Con la música á otra parte...	2	Vital Aza...........	»
6	5	Dime con quien andas—p. o. v.	2	R. Lopez del Rio....	»
5	4	Los dedos huéspedes—j. a. p.	2	J. M. Anguita.......	»
»	»	Jugar á la política...........	2	Ildefonso Valdivia..	»
5	3	Próspero y Vicente..........	2	R. Lopez del Rio...	»

LA NOVELA DEL AMOR

A LA SEÑORITA

DOÑA ANTONIA CONTRERAS,

Intérprete admirable del papel de Adela,

El Autor.

LA
NOVELA DEL AMOR

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA,

POR

D. VALENTIN GOMEZ.

TEATRO DE APOLO.—20 DE ENERO DE 1879.



MADRID
IMPRENTA DE D. ANTONIO PEREZ DUBRULL
calle de la Flor Baja, núm. 22
1879

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA..................	SRA. MARIN.
ADELA.................	SRTA. CONTRERAS.
GENARO...............	SR. VICO.
ALBERTO..............	LUNA.
D. ANSELMO..........	ALISEDO.

Época actual.

NOTA. Por derecha é izquierda entiéndase del actor.

ACTO PRIMERO.

Jardin.—A la izquierda, fachada de la casa con puerta practicable. En el fondo del mismo lado una prolongacion de la casa con un terrado, debajo del cual hay otra puerta, tambien practicable. Sigue luégo una verja que se pierde por el fondo derecha, en donde hay un cenador. Follaje, macetas, asientos rústicos, etc., en el resto de la escena.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, ADELA.

ADELA. No me lo niegues Luisa. Tú suspirabas al entrar yo en el jardin.

LUISA. ¡Qué cosas tienes! ¿Soy alguna niña, como tú, que sueña con los encantos de una existencia desconocida?

ADELA. Es verdad: tú eres una mujer muy razonable y muy séria, y yo una loquilla que no sabe generalmente lo que se dice... Pero ahora sé lo que me digo: tú suspirabas, y no es la primera vez que te sorprendo con el suspiro entre los lábios y la mirada fija en un punto del horizonte, como si buscases algo á la otra parte de las montañas y de los mares.

LUISA. No insistas, Adela mia. Si alguna vez la tristeza nubla mi semblante, es porque recuerdo aquellos séres queridos de mi corazon que ya no existen. En vuestra casa, gracias á la bondad de tu padre, nada me falta, ni el desinteresado amor de la familia. La pobre huérfana sólo tiene

motivos de gratitud para vosotros. ¿Pero no e ha de ser permitido recordar alguna vez que todo vuestro amor no basta para llenar la inmensa soledad de su corazon?

ADELA. ¡Egoista! Dí que te cansa nuestro cariño, ó que guardas un secreto que no me quieres revelar.

LUISA. ¡Adela!

ADELA. No: si yo debia hacer lo mismo, y callarme bonitamente el secreto de mi matrimonio.

LUISA. ¡De tu matrimonio!

ADELA. Pero todo se me va por el pico, y en tratándose de tí, tengo la debilidad de mostrarte hasta los más íntimos pliegues de mi pensamiento.

LUISA. ¡Casarte! ¡Tú, á los diez y siete años...!

ADELA. Y medio y trece dias; no me quieras hacer más niña de lo que soy. Ya verás, querida Luisa de mi alma: ántes de seis meses me llamarán pomposamente la señora de Santibañez... y yo iré tan hueca, colgada del brazo de mi marido, paseando por la Castellana con la gravedad de una señora mayor... ¡Ay qué gusto!

LUISA. Luego... ¿es Alberto tu prometido?

ADELA. Pues ¿quién habia de ser?

LUISA. ¡Dos chiquillos...! ¡Vamos! Digo que eso es una locura, y que tu padre no puede consentir en ello.

ADELA. Hoy mismo le va á pedir Alberto mi mano, y ya verás cómo consiente. ¡Pues no faltaba más! ¿Quieres que me quede para vestir imágenes?

LUISA. Repito que eso es una locura.

ADELA. Justo: como que nos amamos locamente.

LUISA. ¡Amaros! ¿Y sabes tú lo que es amar? ¿Lo sabe él, por ventura? Ilusiones de la primera edad, impaciencias de niña que ambiciona los privilegios de mujer; sueños indeterminados de una felicidad que se quiere adivinar; eso es lo que vosotros llamais amor; novela fantástica que no llega á ser historia miéntras no se escribe con lágrimas del corazon.

ADELA. (Con sequedad.) Está bien. Es decir, que nosotros no nos amamos, porque no estamos haciendo pucheros todo el dia.

LUISA. ¡Ah! ¡Pobre niña! Sientes que te diga la verdad.

porque molesta tu amor propio. Pero, aunque jóven, puedo ser tu madre, y tu madre he sido realmente desde que juntas nos educamos en el convento. Escúchame, pues, como me has escuchado siempre; que mis palabras, dictadas por el cariño, no debe rechazarlas el despecho.

ADELA. ¡Pero si empiezas por decir que no tengo edad para casarme...!

LUISA. Empiezo por decir que Alberto no ha conquistado una posicion en el mundo; y el hombre que á los veinticinco años deja que su inteligencia y su vigor se pierdan en un abandono indisculpable, es indigno de poseer la mano de una criatura tan hermosa y tan buena como tú. ¿Dices que le amas? Demuéstraselo, no con esas frases arrancadas del diccionario de los amores vulgares, sino despertando su energía, estimulando su dignidad y haciéndole comprender que no se llega á la posesion de tu cariño sin ántes merecerlo.

ADELA. Luisa, ¡hablas con un calor...! ¿Qué harias tú si le amases?

LUISA. ¿Qué haria? Enseñarle el camino del combate y de la victoria. Decirle que la dicha del matrimonio no es el fruto del novelesco amor de los primeros años, sino el premio de una vida consagrada al trabajo y á la virtud. Decirle que la base de la felicidad conyugal es la recíproca estimacion, no el apetito efímero que con la edad se desvanece. ¿Qué haria, me preguntas? Sacudir su pereza, agitar las fibras de aquella alma indolente, y demostrarle que íbamos á ser muy desgraciados al aceptar el oficio de padres cuando no sabemos todavía ser buenos hijos.

ADELA. Luisa... yo no sé qué contestarte. Sólo sé que tú eres una mujer inteligente, y yo una chiquilla sin juicio... Haré lo que tú quieras.

LUISA. ¿Le dirás que ántes de poseerte es necesario que te merezca?

ADELA. Se lo diré.

LUISA. ¿Serás capaz de estimularle á que se rehabilite con el trabajo, para que pueda dignamente formar una familia honrada?

ADELA. Soy capaz... de todo lo que tú me mandes.

LUISA. (Besándola.) ¡Criatura angelical! Mereces ser feliz y hacerle feliz á él...

ADELA. Ellos son.

LUISA. Retirémonos. (Se retiran por el fondo del jardin, dejándose ver de cuándo en cuándo.)

ESCENA II.

ALBERTO, D. ANSELMO.

(Salen de la casa continuando una conversacion.)

D. ANSEL. Hombre; eso que acabas de decirme es como si me dieras un trabucazo sin avisar.

ALBERTO. Querido tio; ya sabe V. que los trabucazos se dan generalmente de esta manera; sin prévio aviso

D. ANSEL. Pero... ¿Adela te quiere?

ALBERTO. Mil veces me lo ha jurado.

D. ANSEL. ¿Y tú?

ALBERTO. Dos mil se lo he jurado á ella.

D. ANSEL. Por lo visto no habeis hecho otra cosa en mucho tiempo.

ALBERTO. Como el jurar no cuesta trabajo...

D. ANSEL. Cabal; te has dedicado de lleno á esa ocupacion. Pues mira, nunca le juré yo nada á mi mujer, y la quise de veras... Miento; le juré una vez que me las habia de pagar, y, en efecto, no me las pagó.

ALBERTO. Pero, en fin, ¿qué me contesta V.?

D. ANSEL. Ya hablaremos... ¡No es puñalada de pícaro...! ¿Te vas á casar hoy mismo?

ALBERTO. Cuanto ántes mejor.

D. ANSEL. ¡No te ha entrado poco fuerte!

ALBERTO. Demasiado sabe V. que nos queremos desde niños.

D. ANSEL. Y me sospecho que es una niñería que continúa.

ALBERTO. No lo crea V.; es un amor verdadero, apasionado, ferviente.

D. ANSEL. Un amor jurado dos mil veces no es de fiar, querido Alberto.

(Luisa y Adela vuelven por el fondo.)

ESCENA III.

DICHOS, LUISA y ADELA.

ALBERTO. ¡Ah! Héla aquí. Que ella misma lo diga. Sus lábios le convencerán á V. de la sinceridad de nuestro cariño y del deseo que tenemos de unirnos para siempre. ¿No es verdad, Adela mia?

ADELA. Es verdad que nos amamos; no es verdad que corra tanta prisa nuestro casamiento.

ALBERTO. ¿Qué dices?

ADELA. Que yo soy demasiado jóven, y que tú no tienes bastante experiencia de la vida.

D. ANSEL. ¡Ajajá! Eso se llama hablar como Dios manda. Aprende, sobrino, aprende cordura de una chiquilla de diez y siete años. (Aparte.) Pero ¿quién se la ha enseñado á ella?

ALBERTO. ¿Por ventura nuestro mútuo amor no basta para ser felices?

ADELA. (Vacilando.) No debe bastar... porque... (¡Ay, que se me olvida la leccion!)

ALBERTO. Habla, Adela: ¿por qué?

ADELA. Porque el matrimonio es una cosa muy séria, y nosotros no somos bastante sérios todavía.

D. ANSEL. (Riendo, complacido.) ¡Je, je, je! Eso, querido sobrino, es lo que yo decia. ¿Lo ves? El matrimonio es una cosa muy séria... Yo lo sé de buena tinta; y tú, que aún no has empezado á vivir, que desconoces los medios de conquistar una fortuna, que no tienes hábitos de trabajo, necesitas un poco de aprendizaje para que sepas amar á tu mujer... así.. á macha-martillo.

ADELA. Y entónces seremos dignos el uno del otro, y la felicidad vendrá á sentarse para siempre en el hogar de nuestra casa.

D. ANSEL. ¡Uy! ¡Qué pico de oro!

ALBERTO. Pero, ¡Dios mio! Este cambio repentino...

D. ANSEL. ¿Qué cambio...? ¿Pues te figurabas tú que la hija de mi alma no habia heredado de su padre la perspicacia y la seguridad de juicio que me distinguen? Dice bien; es necesario tomar la fortale-

za á punta de lanza... Vamos, hija mia, encanto de mis ojos, da el brazo á tu padre... Eres muy sábia, más sábia aún de lo que yo me habia figurado.

ADELA. Pues mira, papá mio; tampoco yo me habia figurado que era tan sábia... ¿Vienes, Luisa? (Entrando en la casa del brazo de D. Anselmo.)

LUISA. Voy al punto. (Se van.)

ESCENA IV.

LUISA, ALBERTO.

(Alberto se ha sentado afligido en un banco.)

LUISA. ¿Lo siente V.. Alberto?

ALBERTO. ¡Oh, Luisa...! ¿Qué cambio es éste? Yo la amaba, yo la amo con todo mi corazon... no hay duda. Y ella tambien... esta misma mañana parecia dispuesta á todo. Me ha engañado, y yo no merezco un engaño tan cruel...

LUISA. (¡Ay! ¡Cómo la ama!) Valor, Alberto. Le han dicho á V. que es necesario conquistarla. Pues bien; manos á la obra. Como los caballeros de la Edad Media, tiene V. una dama por quien pelear y vencer. ¡Al combate y á la victoria, pues! Que sea estímulo de su ambicion la promesa de su cariño.

ALBERTO. Amarla y verla era mi estímulo mayor. La tardanza que se me impone no hará más que redoblar mi desaliento.

LUISA. ¡Desaliento! Un jóven como V. no debe pronunciar esa palabra.

ALBERTO. Pero ella me olvidará, y cuando yo me presente de nuevo á exigirle el cumplimiento de sus promesas, despues de una lucha sostenida por hacerme digno de su amor. quizá otro hombre se haya apoderado de su alma, y me desprecie.

LUISA, Alguien habrá que vele constantemente junto á ella, y le recuerde el nombre de su Alberto.

ALBERTO. ¡Usted, Luisa...! ¡Ah! Es V. mi ángel tutelar.

LUISA. No: soy su hermana de V.

ALBERTO. ¿Cómo podré pagarle el bien que me hace? Hermana mia, si por ventura hallase V. el hombre capaz de comprenderla y de estimarla en lo que vale, y algun obstáculo se levantára entre los dos... Luisa, acuérdese V. de que tiene un hermano, y de que este hermano dará la sangre de sus venas por la felicidad de V.

LUISA. (Conmovida.) Gracias, Alberto: yo no me casaré jamás... Algun dia, al terminar la prueba que á usted le imponen, veré cómo V. y Adela constituyen una familia afortunada, y entónces, si me lo permiten, iré á aliviar mi tristeza y mi soledad en el rincon apacible de sus castos amores; y envidiándolos... no, bendiciéndolos, esperaré tranquilamente la hora del eterno descanso.

ALBERTO. Sus palabras de V. son tristes como la sombra que oscurece su mirada.

LUISA. (Sonriendo.) No haga V. caso... Son charlatanerías graves de una mujer que no ha conocido los encantos de la vida... Adela me espera... ¡Adios... y valor...! (Se va izquierda.)

ESCENA V.

ALBERTO.

¡Pobre Luisa! Tambien ella sufre...; pero sabe luchar y vencer. El ejemplo de su energía debe ahuyentar mi indolencia y darme ánimo para recorrer con paso firme el camino de la vida. Soy jóven y rico. Con riqueza y juventud, dos fuerzas invencibles, ¿quién no se siente capaz de conquistar el mundo...? Tienen razon. Yo necesito hacer algo por mí mismo ántes de que se me otorgue la preciosa mano de Adela. No he adquirido nada de lo que tengo. ¿Qué mérito hay, pues, en mi juventud y en mi riqueza? Además yo, á pesar de ciertos devaneos que me distraen, amo indudablemente á mi prometida, y el deseo de poseerla cuanto ántes ha de ser acicate poderoso de mi actividad... ¡Ea! Hay que trabajar desde mañana, sí; desde mañana mismo... Pero ¿en qué? ¿En la banca? ¡Bah! Yo no necesito dinero... ¿En

la diplomacia? ¡La diplomacia! ¿Y á mí qué me importa que se rompan la crisma todas las naciones del mundo por cuatro palmos de terreno, ó por el derecho de criar ostras en un pe drusco del Océano? Ser empleado... ¡ni por pienso Mi dignidad y mi independencia no me lo permiten. Confieso que no son muy claras las señales de mi vocacion. Pero ello es preciso ser algo, ó perder á Adela para siempre... (Reflexionando.) El arte... ¡ah! sí: el arte, con sus vuelos de águila, con sus creaciones ideales, con sus arrebatos sublimes, con sus espacios sin horizontes... El arte...

ESCENA VI.

ALBERTO y D. ANSELMO.

D. ANSEL. (Dentro.) Le digo á V. que puede obrar con toda libertad. Yo no quiero que nadie se me imponga. Usted encontrará otra casa, y yo encontraré otro tenedor de libros. En paz. (Sale.)

ALBERTO. ¿Qué es eso? ¿Con quién habla V. tan descompasadamente?

D. ANSEL. ¡Con el demonio colorado, en forma de tenedor de libros! ¡Vaya unos humos que van echando los dependientes de estos tiempos! Quíteles V. el polvo de la dehesa; enséñeles V. á cortarse las uñas los sábados; hágales V. hombres, despues de haberlos recibido hechos unos jumentos, para que á lo mejor le salgan á V. con la pata de gallo de que les conviene otra colocacion donde van á ganar 20,000 rs. de sueldo. ¡Veinte mil de á caballo se los lleven á todos, y al perro que los aguante...! ¡Dios me perdone, amen!

ALBERTO. Vamos, tio, vamos: no hay que subirse á la parra por estas pequeñeces. Lo que sobran en el mundo son tenedores de libros, y cucharas, y trinchantes...

D. ANSEL. ¡Sí; estás fresco! ¡Bueno anda el ramo de tenedores...!

ALBERTO. ¡Bobada! Para eso cualquiera sirve...; un mes de práctica, y se acabó la funcion.

D. ANSEL. ¡Calle! ¿Crees tú que con un mes de práctica. .?

ALBERTO. Sobra para hacerse cualquier muchacho listo un tenedor de primera.

D. ANSEL. Bien me parecen esos ánimos. ¿De suerte que tú te comprometias...?

ALBERTO. ¡Bah! ¿Quién lo duda?

D. ANSEL. Pues hagamos la prueba. Quédate tú de tenedor de libros, y...

ALBERTO. ¡Pero, tio! ¿Está V. loco? ¡Yo meterme ahora á aprendiz de tenedor...! Vamos, tio, no lo ha pensado V. bien.

D. ANSEL. Hombre, se me figura que no he dicho ningun disparate.

ALBERTO. No hablemos más de ello. Tengo otros proyectos *in mente*...

D. ANSEL. ¡Ah! Perdona: yo no sabia que al fin estabas decidido...

ALBERTO. Completamente decidido.

D. ANSEL. Sea enhorabuena: y que dure.

ALBERTO. Ya se irá V. enterando poco á poco. Por lo demás, á V. le convenia un chico como Genaro; modesto, pundonoroso, de honradez intachable...

D. ANSEL. ¡Genaro! ¿Y quién es Genaro?

ALBERTO. Genaro Leiza; aquel compañero mio de escuela que se presentó á V. el año pasado en el pueblo pidiéndole una colocacion... ¿No recuerda V.?

D. ANSEL. ¡Ah! Sí; el mastuerzo aquel que no sabía nada y que con gran imperturbabilidad decia que lo iba á aprender todo. ¡Pues no me he de acordar!—¿Sabe V. francés? le preguntaba yo.—No, señor; pero aprenderé.—¿Sabe V. inglés?—No, señor; pero aprenderé.—¿Sabe V. llevar los libros?—No, señor; pero aprenderé.—El angelito se figuraba que iba á aprenderlo todo en ménos que canta un gallo. ¡A fé que me propones una verdadera ganga! ¡Quita allá!

ALBERTO. Yo le conozco bien, y le aseguro á V. que tiene una gran capacidad.

D. ANSEL. O una gran presuncion.

(Genaro ha aparecido en el fondo momentos ántes, y se acerca á D. Anselmo, por la espalda, diciéndole lo que sigue, con absoluta naturalidad.)

ESCENA VII.

DICHOS, y GENARO.

GENARO. (A D. Anselmo.) Ya sé francés.
D. ANSEL. (Volviéndose sorprendido.) ¿Eh?
GENARO. Ya sé inglés.
D. ANSEL. ¿Cómo?
GENARO. Ya sé llevar los libros.
D. ANSEL. Pero ¿quién ha dejado entrar á este loco en mi casa?
GENARO. Caballero, siento mucho que no me reconozca usted; pero Alberto no ha debido olvidar á su amigo de la infancia...
ALBERTO. (Abrazándole.) ¡Mi querido Genaro! Dios te envía en este momento para confirmar mis palabras. Tio, vea V. cómo no me he equivocado. Ha aprendido todo lo que se propuso aprender.
D. ANSEL. ¿Pero es cierto lo que V. ha dicho?
GENARO. Sí, señor; cierto es. Cuando ví que mi ignorancia era un obstáculo insuperable para desempeñar los destinos que yo ambicionaba, acepté la suma que un generoso amigo se apresuró á ofrecerme (Indicando con la mirada á Alberto), y vine á Madrid firmemente resuelto á luchar á brazo partido con la suerte. Negra y adusta se presentó desde un principio; inquebrantable mi voluntad, no retrocedió ni un solo paso. Contar los dias angustiosos y las noches tristes que pasé, fuera robar al dolor el mérito del secreto. Sábenlo de sobra los soldados de la desdicha; no lo comprenden siquiera los hijos de la fortuna. Pero ello es que en el término de un año he ganado lo indispensable para vivir y he aprendido lo que necesitaba aprender. Entónces me rechazó V. por ignorante; no sé si ahora me rechazará V. por presuntuoso.

(Alberto ha estado haciendo señas á D. Anselmo, como para demostrarle que él tenía razon.)

D. ANSEL. No te molestes en hacerme señas. Lo veo, y apenas puedo dar crédito á mis ojos; bien que á mí

no deben cogerme de nuevas las maravillas del trabajo y de la constancia, que harto sé lo que pueden dar de si.

ALBERTO. (Sorna.) ¿Ahora lo sabe V.?

D. ANSEL. Ahora, y siempre. ¡Ojalá hicieras tú la prueba, y tomáras por modelo á tu amigo Genaro!

ALBERTO. ¡Oiga! Ahora quiere V. que le tome por modelo, y no hace dos minutos decia V...

D. ANSEL. (Interrumpiéndole.) No hace dos minutos decia yo que mi tenedor de libros pensaba buscar otra colocacion, y ahora digo que si á Genaro le conviene ocupar su puesto, yo se lo ofrezco con la mejor voluntad del mundo.

GENARO. ¡Ah, Sr. D. Anselmo! Si el deseo de cumplir siempre con mi deber y el hábito de luchar contra las dificultades son condiciones necesarias para desempeñar ese cargo, le acepto sin duda alguna, en la esperanza de complacer á V.

D. ANSEL. Trato hecho. Voy á despedir cortésmente á ese señorito, y luégo hablaremos. Hasta despues. (Váse izquierda.)

ESCENA VIII.

ALBERTO y GENARO.

GENARO. Alberto, deja que te estreche contra mi corazon, que no sabe cómo expresar su gratitud hácia tí.

ALBERTO. ¡Gratitud! ¿De qué?

GENARO. Tú salvaste á mi madre del horror de la miseria; me recomendaste por primera vez á tu tio, y me diste el dinero que necesitaba para venir á Madrid... ¿No son éstos, por ventura, motivos suficientes de agradecimiento?

ALBERTO. No lo son, á fé mia. Si lo que hace un amigo por otro se fuera á agradecer, ¿para qué diablos servía la amistad? Nada vale lo que he hecho por tí; pero si en algo lo estimas, págamelo satisfaciendo mi curiosidad.

GENARO. Habla.

ALBERTO. Lo que tú has hecho en un año es verdaderamente admirable, y supone una constancia en el tra-

bajo, una fuerza tal de voluntad, que yo no alcanzo siquiera á concebir. ¿Cuál es el secreto de esos prodigios? ¿A qué motor poderoso obedece la actividad de tu inteligencia y de tu cuerpo? Esto es lo que yo quiero saber.

GENARO. Tú lo has dicho. A la fuerza de voluntad.

ALBERTO. ¡La voluntad! Todo el mundo la tiene...: yo la tengo, como todo el mundo; y sin embargo, estoy en el mismo sitio que me dejaste. El tiempo ha pasado por encima de mí, sin tocarme siquiera al pelo de la ropa. No; la voluntad sola no hace esos milagros; algo hay que la despierta y la mueve.

GENARO. Cierto: la voluntad sola, dormida tranquilamente en el fondo del espíritu, es como una perla oculta en el seno de los mares; ni vale nada, ni sirve de nada hasta que la luz del sol no descubre su nitidez, y la industria no la pone en circulacion.

ALBERTO. Eso cabalmente digo yo.

GENARO. Y dices bien. Pero considera que yo, hijo de una familia pobre y obligado á conquistar el porvenir por mi propio esfuerzo, tenía un despertador al cual responden siempre áun las voluntades más dormidas.

ALBERTO. ¿Qué despertador?

GENARO. La necesidad. ¡Ay, Alberto! Tú no la conoces. Tú no sabes cómo aguijonea nuestro espíritu, cómo roba el sueño á nuestros párpados y se impone á todo nuestro sér, sin dejarle un punto de reposo. Tiene algo de la ambicion, porque nos impele hácia adelante; algo del remordimiento, porque nos atormenta; algo del genio, porque nos inspira. La necesidad ha hecho grandes criminales, grandes héroes y grandes artistas. Semejante al vapor, ó corre con la velocidad del rayo, llevando la vida á todas partes, ó estalla, sembrando la desolacion y la muerte. Es á la vez castigo de nuestras faltas y espuela de nuestros deberes. Con una mano nos señala la miseria del presente; con otra la fortuna del porvenir. ¿Te parece poco este despertador?

ALBERTO. Al contrario: me parece demasiado fuerte para tí.

GENARO. No te comprendo.

ALBERTO. Con la mitad del esfuerzo que has empleado en aprender dos lenguas y la teneduría de libros, sobraba para que tú ganases un sueldo decoroso. Eres hombre de pocas necesidades, y yo sé que jamás conociste la ambicion.

GENARO. ¿A dónde vas á parar?

ALBERTO. Voy á parar á que tú tienes otro estímulo...

GENARO. ¡Alberto!

ALBERTO. Todos esos milagros de la voluntad sólo los hace un hombre... por una mujer.

GENARO. (Medio confuso y medio risueño.) ¡Bah!

ALBERTO. Vamos... ¿á que he puesto el dedo en la llaga? (Genaro guarda silencio un instante, y luégo se vuelve á Alberto, diciéndole:)

GENARO. ¿Has estado enamorado alguna vez?

ALBERTO. Se me figura que sí.

GENARO. (Con fuego.) ¿Y no te has creido capaz de todos los trabajos, de todas las conquistas, de todos los imposibles, por la mujer amada?

ALBERTO. Chico... Hasta ese punto de exaltacion...

GENARO. Entónces no sabes lo que es amar.

ALBERTO. Eso es mucho decir.

GENARO. Esto es decir lo justo.

ALBERTO. Luego tú...

GENARO. En efecto; has puesto el dedo en la llaga. Estoy enamorado.

ALBERTO. ¿Como un loco?

GENARO. Como un hombre de corazon.

ALBERTO. ¿Es rica?

GENARO. Lo ignoro, y pido á Dios que no lo sea.

ALBERTO. ¿Bella?

GENARO. Como un ángel.

ALBERTO. Buena... (Dándolo por supuesto.)

GENARO. Como un ángel bueno.

ALBERTO. ¿Su nombre?

GENARO. ¿Qué importa su nombre? Para mí se llama constancia, sacrificio, virtud, porvenir, felicidad...

ALBERTO. ¿Y si se llamára *imposible?*

GENARO. En el lenguaje del amor no se conoce esa palabra.

ALBERTO. ¿Luego ella te corresponde?

GENARO. Quizá no sepa que yo existo en el mundo.

ALBERTO. ¡Estás loco, Genaro de mi alma!

GENARO. ¡Bendita sea esta locura que me hace superior á mí mismo! Por ella he mirado frente á frente todas las adversidades de la vida, y las he vencido. Por ella he caminado con pié firme sobre los abrojos y las malezas, y cuando me destrozaban los piés, sonreia pensando en el dulce objeto de mi locura. No es loco el hombre que arrostra los peligros del mar y las iras del viento por adquirir un puñado de oro, ni el que, con su propia vida, expone la de miles de soldados por conquistar un palmo de terreno; ¿y lo es quien, como yo, pretende conquistar el cariño de una mujer hermosa?

ALBERTO. Algo bueno diera por conocer esa maravilla.

(Luisa y Adela aparecen en el terrado, y se sientan como para hacer labor.)

GENARO. (Al verlas.) ¡Ah!

ALBERTO. ¿Qué te pasa?

GENARO. No debo ocultártelo por más tiempo. Mira: ahí está la mujer que yo amo.

ALBERTO. ¿Qué dices? Allí está tambien mi prometida.

GENARO. ¡Tu prometida! ¡Ay, Alberto mio, no me digas, por Dios, cuál de ellas es!

(Cae el telon.)

ACTO SEGUNDO.

Sala.—Cuatro puertas laterales y otra en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

D. ANSELMO.

(Se supone que habla con Genaro por la puerta primera izquierda.) ¡Pero, hombre de Dios, si no corre prisa! Deje V. la carta de Lóndres para mañana, y espáciese V. un poco, que harto ha trabajado usted todo el dia. (Pausa. Se supone que Genaro contesta dentro.) Bueno: hágase su voluntad. Escriba V. hasta que se le caigan las yemas de los dedos. (Bajando al proscenio.) Pues, señor, este Genaro es un chico incomparable. ¿De dónde demonios ha salido semejante criatura? Dos meses hace que está en casa, y en ese tiempo ha recorrido la mitad de España, á fin de arreglar mis asuntos con esos pícaros corresponsales, que Dios confunda. Los arregla, en efecto, á pedir de boca; viene aquí, y en un dos por tres me pone los libros al dia, y todo marcha como una seda. ¡Cuando tengo yo que tirarle un poco de la cuerda para que no trabaje tanto sin necesidad...! ¡Yo, que me he pasado la vida detrás del mostrador, y luégo en el escritorio, sin pensar jamás en otra cosa...! Digo que estoy maravillado, y que ese hombre es una excepcion en el género humano que hoy se usa. Por lo cual, se me ha metido entre ceja y ceja una idea... como mia, por más que Alberto diga que á él se le habia ocurrido ántes. Hay que establecer á ese muchacho, asociándole á mis negocios y buscándole

una mujer conforme con sus cualidades y con su posicion. Y lo que es el buscarla no me ha de costar mucho trabajo... ¡Tambien diria el títere de Alberto que esta idea es suya!—¡Bah! ¡Si Dios los ha hecho el uno para el otro...! ¡No hay más que verlos! ¡Los dos tan reservados, tan tristes algunas veces...! ¡Claro está! ¡No tienen todavía lo necesario para vivir con independencia, y son muy capaces de estarse toda la vida esperando el santo advenimiento sin decirse una palabra! ¡Genaro y Luisa! ¿Quién no conoce á la legua que se quieren con todo su corazon? Y yo, sobre todo, que en estas cosas soy perspicaz como un lince... ¡Ya, ya! ¡A mí me la habian de pasar ellos! En cambio, ese condenado Alberto no piensa absolutamente en nada. Sigue tan holgazan como el primer dia, y más aún que el primer dia, si es posible. ¡Digo holgazan! Algo más que esto, voto á cribas! que el grandísimo tarambana se me ha enredado con una bailarina de la Opera, y anda que bebe los vientos tras de ella. ¡Válgame Dios, si la pobre Adela lo llegase á averiguar! ¡Desdichada hija de mi alma, qué porvenir la espera con ese sobrino que Dios me dió, si no pone remedio á su maldita holgazanería...! ¡Hola! ¡Ellos son...! ¡Y qué aire traen...!

ESCENA II.

DICHOS, ADELA, LUISA, ALBERTO (fondo).

ADELA. No vuelvo á salir con él.

LUISA. Sosiégate, mujer, que no hay motivo para tanto.

ALBERTO. Déjela V., Luisa: que se desahogue á su gusto. (Se sienta negligentemente en una butaca, y saca un cigarro.)

ADELA. Eso es: sale con nosotras media hora, y en la media hora nos ha abandonado cinco veces. ¿No es esto cosa de burla, papá?

D. ANSEL. No lo extrañes, hija mia; como ese señorito tiene tanto que hacer... Los negocios...

ADELA. Es verdad: los negocios...

ALBERTO. Justamente: los negocios... (Con desden.)

ADELA. ¿Ve V. con qué desprecio habla de los negocios? El, que en toda su vida no ha hecho más que pasar el tiempo en el Casino, en el Teatro Real y en el Veloz-Club.

LUISA. (Por Dios, Adela, no le hostigues demasiado.)

ALBERTO. ¡Y qué! ¿Piensas, por ventura, que es lo mismo escribir un libro ó planear un drama que recoger una letra? Vosotros los comerciantes...

D. ANSEL. ¿Qué tienes tú que decir de los comerciantes?

ADELA. Dirá cualquier cosa... que somos cursis, que no entendemos de arte, ni de literatura... ¡Vaya V. á saber lo que dirá!

LUISA. Alberto no dirá nada en mengua de una clase á que perteneció su padre; y sabe, además, que el no entender de arte, ni de literatura, sólo puede ser afrentoso para los artistas y para los literatos.

ALBERTO. Ciertamente; pero por lo mismo me fastidia que se mezclen en esos asuntos los que no los entienden.

ADELA. Demasiado voy entendiendo yo que tú no me quieres, y que no haces nada por apresurar nuestro enlace.

ALBERTO. Ya la tomó por donde quema. Si no es eso...

ADELA. Eso es, y no otra cosa...

ALBERTO. ¡Dale!

ADELA. Es V. un desagradecido...

LUISA. ¡Adela!

ADELA. Indigno de que yo piense en V.

ALBERTO. ¡Bueno! (Cogiendo el sombrero.) ¿No se ofrece otra cosa?

ADELA. ¡Papá! ¡ay, papá! ¡qué desgraciada soy!

D. ANSEL. Vamos, no seas niña.

LUISA. (A Alberto.) ¿Será V. capaz de marcharse sin tranquilizarla?

ALBERTO. ¿Pero V. no ve cómo se pone?

LUISA. Usted tiene la culpa; á V. le toca satisfacerla.

ALBERTO. (Baja al proscenio.) Adela... me parece que los dos tenemos bastante poco juicio, y que de un grano de arena hacemos una montaña... ¿Cómo puedes dudar de que te quiero?

ADELA. Su conducta de V...

ALBERTO. Vamos, hija mia; deja el tratamiento, y mírame con el cariño de siempre... Yo te prometo la enmienda.

ADELA. ¿Desde cuándo?

ALBERTO. Desde mañana mismo.

D. ANSEL. (¡Desde *mañana!*)

ADELA. Desde ahora.

ALBERTO. Pues desde ahora.

ADELA. Pídeme perdon de rodillas.

ALBERTO. De rodillas ante mi juez (Arrodillándose.), esperando la absolucion en mi sentencia.

ADELA. ¿Lo volverás á hacer más?

ALBERTO. Seré esclavo de tus caprichos.

ADELA. ¿Trabajarás de veras?

ALBERTO. Hasta merecerte.

ADELA. Pues yo le perdono á V., y bese V. estas cruces en penitencia. (Dándole las manos.)

ALBERTO. ¡Adela de mi alma! Eres un ángel de bondad (y yo un grandísimo bribon).

D. ANSEL. (¡Son unos pobres chicos, despues de todo!)

LUISA. (¡Se aman! ¡Se aman de veras, Dios mio!)

ALBERTO. Ahora, si tú me lo permites, voy á preparar el capítulo primero de mi libro.

ADELA. ¿Y de qué va á tratar ese capítulo?

ALBERTO. Del amor.

D. ANSEL. ¿Del que dura ó del que pasa?

ALBERTO. Del que dura tanto como la vida.

D. ANSEL. (Aparte á él.) Entónces no será del amor de las bailarinas del Real.

ALBERTO. (Asombrado.) (¡Tio! ¿Qué quiere decir...?)

D. ANSEL. (Que tenemos que hablar.)

ALBERTO. (Pero...)

D. ANSEL. (Ni una palabra más.)

ALBERTO. (Al marcharse.) (¡Lo sabe todo! ¿Qué hacer...?)

(Váse fondo.)

ESCENA III.

LUISA, ADELA, D. ANSELMO, GENARO.

(Genaro sale por la puerta primera izquierda apénas se ha marchado Alberto.)

ADELA. Voy á llevar estos paquetes adentro...

GENARO. (¡Se aman, y yo he venido aquí para ser testigo de su felicidad!)

D. ANSEL. (Viendo á Genaro.) (Llega oportunamente.) (Á Adela.) Anda, sí; lleva todo eso, que luégo irá Luisa á hacerte compañía. (Esta es la ocasion.)

(Váse Adela, puerta segunda izquierda.)

ESCENA IV.

LUISA, GENARO, D. ANSELMO.

GENARO. He concluido la carta, y deseo saber si tiene usted que mandarme alguna cosa.

D. ANSEL. Sí, señor; tengo que mandarle á V. várias cosas...

LUISA. Me parece que yo no hago falta...

D. ANSEL. Quietecita aquí, buena alhaja. Tú haces tanta falta como este caballerito.

LUISA. Usted dirá.

D ANSEL. Tengo que ajustar á Vds. dos una cuenta.

GENARO. ¡Cómo!

LUISA. (¿Qué va á decir?)

D. ANSEL. Ustedes se han figurado, por lo visto, que nosotros los viejos no entendemos una palabra de achaques de amor, y que se nos ha olvidado leer en el semblante ó adivinar en los ojos lo que pasa dentro del alma. (Ellos quieren hablar.) No me interrumpan Vds. (A Genaro.) Vamos á ver, amiguito. ¿Qué significa esa tristeza constante, esa gravedad impropia de sus años que advierten en V. todos cuantos le tratan algun tiempo? Usted deseaba ocupar un puesto en mi escritorio,

y precisamente desde que lo ha conseguido parece ménos satisfecho que nunca. ¿Qué prueba esto? Que está V. enamorado... No admito sus protestas. Digo que está V. enamorado y que comprende V. que le falta posicion para aspirar á lo que aspira.

GENARO. D. Anselmo, le juro á V...

D. ANSEL. Su turbacion de V. le vende. Todo juramento es inútil.

GENARO. (Estoy perdido...! ¡Soy un insensato!)

D. ANSEL. Y tú, paloma sin hiel (á Luisa), jóven reflexiva, consejera de la atolondrada juventud; tú, la formalidad y la razon en persona, ¿tambien te has permitido volar por las regiones ideales y verter algunas lagrimillas ocultamente, cubriendo tu rostro, aunque en vano, con una máscara de indiferencia?

LUISA. (Turbada.) Señor...

D. ANSEL. ¿Qué señor ni qué niño muerto? (Aparentando severidad.) Ustedes que se las echan de sensatos, caen mejor que nadie en esas debilidades del espíritu, y guardan en profundo secreto sus aspiraciones atrevidas...

GENARO. ¡Por Dios, D. Anselmo, no atormente V. á quien ha procurado siempre mostrarse agradecido á sus favores!

LUISA. Señor: si las lágrimas de la huérfana sirven para alterar la paz de esta familia, desde mañana, desde hoy mismo pondré tal distancia entre ellas y Vds., que no las vuelvan á ver jamás.

GENARO. Tambien yo saldré para siempre de esta casa. No se diga que el advenedizo pudo hacer desgraciados á sus protectores.

D. ANSEL. ¡Hola! ¿Apelan Vds. á la estratagema de la fuga? ¡Qué par de criminales! ¿No tienen Vds. valor para mirarse frente á frente, ni siquiera para mirarme á mí? (¡Pazguatos como ellos no los ha criado la Providencia!)

GENARO. Basta, D. Anselmo; permítame V. que me retire.

LUISA. Sí, señor... Daré á Adela el beso de despedida...

D. ANSEL. Eso es; y cada uno de Vds. se irá por su lado: usted (á Genaro) á suspirar, como los poetas, en el

seno misterioso de los bosques, y tú, cosiendo camisas en un sotabanco, á llorar el bien perdido, como las heroinas de esas novelas que se meten por debajo de las puertas... ¡Qué delicioso porvenir!

GENARO. Ese tono burlon...

LUISA. No acabo de comprenderle á V.

D. ANSEL. ¡Ea, mentecatos! ¿No veis que estoy rebosando de alegría? ¿No conoceis que vuestro amor me hace feliz; que yo quiero asociarle á V. á mi casa, y que tú recibas el premio que merecen tus incomparables virtudes?

GENARO. Pero V. aprueba...

LUISA. Usted, D. Anselmo, quiere...

D. ANSEL. Yo apruebo y quiero lo que vosotros aprobais y quereis... Habeis nacido el uno para el otro...

GE. y LUI. (¡Ah!)

D. ANSEL. Tú eres un Genaro con faldas, y tú una Luisa con *chaquet*; ¿cómo he de oponerme yo á los designios de la Providencia...?

GENARO. Sr. D. Anselmo...

D. ANSEL. Nada, nada; ¡si todo el mundo lo dice! (Aparte á Genaro.) Si el mismo Alberto lo confirma... (Alto.) Está resuelto. El dia en que se casen mi hija y mi sobrino, os casareis vosotros tambien. Y por mi parte, es inútil hablar más... Ya os he dado pié, y ahora vosotros solos continuareis el discurso... Un abrazo, Luisa: otro V., buena pieza... (¡Jé! ¡jé! ¡jé! Ahí están atontados como dos colegiales, porque les he sorprendido el secreto... ¡Vamos, Señor; soy el hombre más perspicaz que conozco!) (Váse fondo.)

ESCENA V.

LUISA y GENARO.

LUISA. ¿Qué es esto, Genaro?

GENARO. Pudiera dirigirle á V. la misma pregunta.

LUISA. ¿D. Anselmo ha adivinado quizá...?

GENARO. D. Anselmo ve la tristeza de los semblantes: no sé si penetra en el fondo de los corazones.

LUISA. Usted debe saberlo.

GENARO. Usted no debe ignorarlo.

LUISA. El hablaba como si conociera los sentimientos de V.

GENARO. Y como si para él fuese su alma de V. un libro abierto.

LUISA. Para él y para todo el mundo, el alma de los demás suele ser un libro cerrado.

GENARO. Cierto. Y en ese libro sólo penetra la mirada de Dios.

LUISA. Fuera de esa, ninguna otra ha penetrado las páginas del mio.

(Pausa breve.)

GENARO. Luisa, tiempo hace que me asalta una sospecha.

LUISA. ¿Cuál es?

GENARO. Que, en efecto, D. Anselmo tiene razon: que usted y yo nos llegaremos á entender muy pronto.

LUISA. Es posible...

GENARO. Usted llora, y yo estoy triste... D. Anselmo lo ha dicho, y ha dicho bien... Pues lágrimas que se vierten á escondidas y tristezas que empañan el semblante, nubes y lluvia son de una misma tempestad.

LUISA. Tempestades hay que quieren estallar en mi corazon; pero yo las ahogaré al formarse.

GENARO. En el mio estallan á cada hora, y no sé si podrá resistirlas mi valor.

LUISA. ¿Es V. novicio en los combates de la vida?

GENARO. He luchado desde que nací, y tengo la costumbre de vencer.

LUISA. ¿Pero ya le falta á V. el aliento?

GENARO. No sé... Veo montañas inaccesibles que me cierran el paso; abismos que se abren bajo mis piés, y empiezo á temblar, á pesar mio.

LUISA. Entónces no diga V. que tiene costumbre de luchar y de vencer. Quizá no ha combatido V. más que fantasmas ó enemigos despreciables.

GENARO. ¡Ah, Luisa! Jamás la luz del sol ha brillado pura y sin mancha para mis tristes ojos. Yo no he conocido las sonrisas de la infancia, y no bien pisé

los senderos de la juventud, la muerte de mi madre, único sér que yo amaba en el mundo, arrancó de mi corazon los primeros gritos de dolor. Más tarde, una ilusion insensata vino á encender de nuevo las cenizas de mi alma. El vacío de la ternura maternal llenóse de pronto con otro sentimiento avasallador como la tiranía, inmenso como el espacio, egoista como un sueño de felicidad. Yo era pobre, ignorante y desamparado. Fué preciso romper esa triple cadena que me separaba del objeto de mis locas ilusiones, y dí principio á un combate gigantesco, no sé si con el valor de los héroes, ó con la imperturbabilidad de los dementes. Ciñeron mi cuello los descarnados brazos de la miseria, y no me estremecí. Posáronse en mis mejillas los lábios de la traicion, y no temblé. Desgarró mi pecho el agudo puñal de la ingratitud, y no me abatí. Cayeron sobre mi frente los sarcasmos del desprecio, y seguí mi camino con la tranquilidad del que tiene segura la victoria... ¡Ah! Es que el ángel de la esperanza estaba siempre á mi lado, y al sentir el rumor de su divino aleteo, la creacion entera, conjurada contra mí, me parecia obstáculo insignificante para mi voluntad soberana.

LUISA. Está V. refiriendo mi historia... Siga V., Genaro, siga V.

GENARO. Pero... cuando más cerca me creí del término de este viaje doloroso... el ángel de la esperanza desapareció de mi lado, y presentóse á mis ojos una palabra que yo no habia conocido nunca: *¡imposible!*

LUISA. ¿Y se cansó V. de luchar?

GENARO. No se lucha sin esperanza.

LUISA. ¿Y no ha visto V. nada detrás de la palabra *imposible?*

GENARO. Nada más que la inmensidad de mi infortunio.

LUISA. Pues yo, que como V. he sufrido y he luchado como V., he visto detrás de esa palabra aterradora y sombría otra palabra dulce y resplandeciente como la corona de un mártir.

GENARO. ¿Cuál es, Luisa?

LUISA. La palabra *abnegacion.* (Pausa.)

GENARO. ¡Abnegacion...! Usted lo ha dicho: esa palabra tiene el resplandor de la corona de los mártires; pero tiene tambien la dureza de sus espinas. (Con viveza hasta el final de la escena.)

LUISA. ¡Y qué! Yo siento sus punzadas en mi frente, y no me quejo, y á veces sonrío.

GENARO. Y á veces llora V.

LUISA. Lluvia de tempestad que pasa para dejar el aire más puro y el cielo más sereno.

GENARO. Delante de V. reconozco la flaqueza de mi voluntad y la cobardía de mi espíritu.

LUISA. Porque el amor de V. no ha arrojado aún de su seno la escoria del egoismo.

GENARO. ¡Egoista quien diera toda su sangre por el objeto amado!

LUISA. Egoista quien no sacrifica su propia felicidad por la ajena.

GENARO. Eso es superior á las fuerzas humanas.

LUISA. Superior al egoismo de los hombres: no al desinterés de las mujeres.

GENARO. Entónces no me lo exija V. á mí...

LUISA. Genaro, V. ama á Adela.

GENARO. Usted ama á Alberto.

LUISA. Pues bien: Alberto debe ser para V. un hermano, como lo es Adela para mí. Y de tal modo debemos desear la ventura de entrambos, que hagamos por ella hasta el sacrificio de la nuestra.

GENARO. ¿Callando como calla la indiferencia?

LUISA. No; hablando como habla la abnegacion.

GENARO. Sí... dándoles nuestro corazon hecho pedazos.

LUISA. Dándoles, si es menester, hasta la última gota de nuestras lágrimas...

GENARO. ¿Y eso es justicia del cielo?

LUISA. Esto es virtud en la tierra.

ESCENA VI.

DICHOS, ADELA. (Izquierda: puerta segunda.)

ADELA. ¿Estorbo?

LUISA. ¡Adela!

ADELA. Aburrida de esperarte, iba á dar una vuelta por el jardin.

LUISA. Vamos, pues

ADELA. ¡Ya se ve! Como estabas en tan buena compañía...

GENARO. Gracias.

ADELA. Te olvidabas de tu pobre Adela.

LUISA. ¿Puedes creer...?

ADELA. No; es que yo haria lo mismo en tu lugar si pudiera; pero en vano lo intento. Cuando tú no estás á mi lado, nadie se acerca á mí.

GENARO. Quizá me acusa V...

ADELA. Aunque parece que procura V. evitar mi presencia, no es á V. á quien yo tengo derecho de acusar

GENARO. Diríase, sin embargo, que hay en esas palabras una sombra de acusacion contra mi manera de proceder.

ADELA. La hubiera habido hace un momento; no puede haberla ahora.

LUISA. ¿Qué quieres decir?

ADELA. Que si hace poco podia extrañarme la conducta de Genaro, ahora que me la explico, no me extraña.

GENARO. Ahora se explica V...

ADELA. ¡Sí! ¡Buenos están Vds. dos! ¿Quieren que les regalen el oido? Pues no soy yo de ese parecer, que á mí nadie me lo regala.

LUISA. Confieso, Adela mia, que no te comprendo.

ADELA. (A Genaro.) Ni V. tampoco. ¿Verdad? (Con malicia.)

GENARO. Tampoco yo.

ADELA. ¡Vayan Vds. enhoramala! Han conocido que me muero de envidia, y se quieren burlar de mí.

GENARO. Le juro á V...

ADELA. Eso está muy mal hecho. (A Luisa.) Sí, señor, muy mal hecho. (A Genaro.)

GENARO. Mal hecho debe estar cuando V. lo dice; pero...

ADELA. Pero ¿qué importa? ¿Quién hace caso de una niña? Si tiene un novio que no mira siquiera una vez á las ventanas de su cuarto, aunque para ello sólo necesite levantar la cabeza, que se fastidie. Si ella mueve las hojas de la enredadera para llamarle la atencion, y no se la llama, que se fastidie. Si se pone al piano, y arranca á las teclas gritos de coraje, y tampoco logra sacar de su distraccion al otro, que se fastidie. Justo: que se fastidie una y mil veces, aunque por añadidura vea parejas afortunadas que se juran amor eterno; mujeres que conquistan corazones hermosos; hombres que adoran bellezas incomparables... Sí, sí; que se fastidie contemplando la felicidad ajena, sin esperanza de alcanzar la propia.

LUISA. Y... ¿se puede saber dónde contemplas esa felicidad que envidias?

ADELA. ¡Dale, molino! Mira; no te empeñes en que suelte la sin hueso...

GENARO. Hable V. sin temor, porque la felicidad es un tesoro tan raro en este mundo, que todos deseamos gozar de su vista, cuando no podemos gozar de su posesion.

ADELA. Eso no es cierto; lo que es yo no me contento con ver felices á los demás... Al contrario; sí, señor, al contrario. Por mucho que yo quiera á Luisa, y ella sabe cuánto la quiero, conozco que me duele ver que ella tiene todo lo que merece, y yo no tengo nada de lo que pido.

LUISA. ¡Qué cúmulo de tonterías estás diciendo, hija de mi alma!

ADELA. Muchas gracias.

LUISA. Todo ello se reduce á que has vuelto á incomodarte con tu primo por si te ha mirado ó te ha dejado de mirar...

ADELA. Porque me ha dejado de mirar... ¡No haria eso Genaro con quien yo me sé!

LUISA. ¡Pues ea! Un ramo de flores bastará para hacer

de nuevo las paces. Ven, y yo te ayudaré á cogerlas en el jardin.

ADELA. ¡Florecitas á él...!

LUISA. Si; arrojando flores en el camino del amor se llega al término de la dicha.

ADELA. Ya verás cómo las pisotea sin compasion.

LUISA. Ya verás cómo al fin se embriaga con sus perfumes.

ADELA. Ya verás como no lo veo... ¡Si fuese Genaro...! ¿Verdad que V. no las pisotearia? (Con sencillez é inocente coquetería.)

GENARO. Hasta el besarlas me pareceria una profanacion.

ADELA. ¡Ahí tiene V...! (¿Por qué el otro no ha de ser así?) (Vánse por la puerta segunda derecha.)

ESCENA VII.

GENARO, solo.

Veo en su rostro la hermosura del ángel; admiro en sus palabras la cándida ingenuidad de la inocencia; me siento herido por el rayo de sus ojos; y cuando me creo trasportado al paraiso de mis sueños, la voz de la virtud me llama á la triste realidad de la vida. (Mirando con éxtasis por donde marchó Adela.) ¡Allí está! Rodeada de flores y de mariposas, parece que la primavera ha tomado en ella forma de mujer. ¡Y no he amarla...! ¿Qué virtud es esa que me prohibe amar á la virtud misma...? ¿Dónde está escrito ese deber en cuyo nombre se me impone el sacrificio de mis sentimientos...? ¡Ah, necio de mí! Aquí dentro (el corazon) lo escribió la gratitud, y no lo borrará la mano del olvido. Sí; Luisa tiene razon. Sería un crímen poner obstáculos á la felicidad de Alberto y Adela... Pero Luisa quiere tambien que arranquemos los abrojos del camino para que ellos no se lastimen los piés, aunque nosotros nos destrocemos las manos... ¡Oh! ¡Imposible! ¡Imposible! No resistiré al verdugo que me sacrifique; pero entregarle yo mismo la cuchilla y poner la cabeza sobre el tajo... ¡no, jamás! Yo

haré que mi voz no tiemble en su presencia; yo borraré de mi frente el sello de la tristeza; yo sofocaré los gritos de mi corazon... ¿Qué más? Pídanme el silencio de mis lábios... arránquenme la vida de este cuerpo miserable...; ¡pero no este amor infinito, que es la vida de mi alma!

ESCENA VIII.

GENARO, ALBERTO (fondo).

ALBERTO. Me alegro de encontrarte aquí. Iba en tu busca.

GENARO. (¡Alberto!) ¿Qué se te ofrece?

ALBERTO. Soy el hombre más desdichado que hay bajo la capa del cielo.

GENARO. ¡Tú! (Con ironía amarga.)

ALBERTO. Yo mismo. Acabo de tener una escena muy desagradable con mi tio.

GENARO. ¿Qué ha pasado?

ALBERTO. Llegó á su noticia cierto trapicheo de bastidores que me tiene un poco distraido, y me ha soplado un sermon de Cuaresma de lo bueno que se oye en el género.

GENARO. Me parece muy natural.

ALBERTO. Y á mí tambien, no creas. Tanto, que le he prometido solemnemente no volverme á acordar más de la dichosa bailarina.

GENARO. Bien está que lo hayas prometido; mejor estará que lo cumplas.

ALBERTO. Eso ya es otra cosa.

GENARO. ¡Cómo!

ALBERTO. Como que al salir del despacho en que mi tio y yo hemos celebrado la conferencia, me encuentro de manos á boca con un perfumado billete de la consabida.

GENARO. ¿Y qué dice en ese billete?

ALBERTO. ¡Friolera ..! Una infamia, una traicion inaudita, una monstruosidad... ¡Si no merece perdon el hombre que se fia de las mujeres! Todas son unas grandísimas...

GENARO. Eso no lo dirá el billete... supongo yo.

ALBERTO. No lo dice, pero lo demuestra.

GENARO. Veamos.

ALBERTO. Escucha: (Lee.) «Mi Alberto...» Eso sí; cariñosa lo es... y ¡una letra...! ¡Mira qué bonita!

GENARO. Sigue.

ALBERTO. «Mi Alberto: necesito salir hoy mismo para Lóndres. El secretario de la embajada inglesa, á quien tú conoces, y que no me deja á sol ni á sombra, se ofrece á acompañarme. Si tú no vienes conmigo, me veré en la necesidad de aceptar la oferta del amable secretario.—Tuya de corazon, *Fany*.»

GENARO. Ella misma te pone en las manos la ocasion oportuna del rompimiento.

ALBERTO. ¿Qué dices? A la legua se conoce que no entiendes de estas cosas. ¡Claro! En sacándote del amor platónico por Luisa...

GENARO. ¡Alberto!

ALBERTO. Si lo sé todo...

GENARO. No se trata de eso.

ALBERTO. Es verdad. De lo que se trata es de que esa mujer quiere humillarme, amenazándome con un abandono despreciativo.

GENARO. ¿Y qué te importa?

ALBERTO. Mucho. ¿Qué diria el mundo de mí? ¿Que me he dejado suplantar por un inglesote que tiene más libras esterlinas que yo? ¡Ser escarnio de Madrid, ludibrio de mis compañeros...! ¡Nunca! Buscaria yo el dinero en el centro de la tierra, ántes que tolerar una humillacion semejante.

GENARO. Pero... ¡cómo! ¿Estás decidido á marcharte?

ALBERTO. ¿Qué quieres que haga?

GENARO. (¡Oh!) ¿Y Adela?

ALBERTO. ¡Adela! ¡Pobrecilla! Tú te encargarás de decirle... cualquier cosa: que me he visto obligado á hacer un viaje repentino: que volveré pronto, y que nos casaremos en seguida.

GENARO. (Calla, corazon traidor. y oculta tu regocijo vergonzoso.) (Con frialdad.) No, Alberto; tú no harás un desatino semejante..., dejar abandonada á tu prima, á ese ángel de inocencia. por una mujer impúdica: sembrar la desolacion y promover el escándalo en una familia que te ama; entregarte á

una vida crapulosa, derrochando el capital que honradamente ganó tu buen padre... ¡Oh! eso no lo harás tu, Alberto, porque eso sería un crímen imperdonable.

ALBERTO. Mira, Genaro; despues del de mi tio, me hace tu sermon muy poco efecto. Es una segunda parte, y nunca segundas partes fueron buenas.

GENARO. (¡El infierno le inspira para tentar mi lealtad!) No pretendo ser tu consejero. Cumplo con el deber del amigo y con la gratitud á que me obligan las bondades de tu familia.

ALBERTO. Bien: pues... por cumplido.

GENARO. En cuanto á Adela, en poco tienes su afecto cuando así la abandonas.

ALBERTO. Estás equivocado. Yo la quiero... de otro modo que como se quiere á esas mujeres.

GENARO. Si tú la quisieras, no la pondrias en ocasion de que te olvidára.

ALBERTO. ¡Olvidarme! ¡Bah! No se olvida el cariño de la infancia. Yo he sido su primero y su único amor... ya sabes: ese amor con que empezamos la historia de nuestra vida. Cuando sepa mi marcha, llorará: despues querrá olvidarse de mí, ciega de venganza, y por fin, concluirá adorándome con todo su corazon.

GENARO. ¿Es decir, que estás resuelto á marcharte?

ALBERTO. Resuelto.

GENARO. ¿No hay nada que sea capaz de detenerte?

ALBERTO. Nada.

GENARO. ¿Fany vale más que Adela?

ALBERTO. No; yo valgo más que Fany, y no quiero que me abandone. En tal caso, la abandonaré yo cuando me convenga.

GENARO. Pero reflexiona.

ALBERTO. Es inútil.

GENARO. ¡Desdichado de tí! Algun dia llorarás tus extravíos.

ALBERTO. Adela se acerca... No tengo valor para decirle una palabra... ¡Adios!

GENARO. ¡Alberto!

ALBERTO. Adios. (Váse fondo.)

GENARO. El te ampare. ¡Y eso es amar!

ESCENA VIII.

GENARO, ADELA, con un ramillete.

ADELA. ¡Ah! Creí que era V. Alberto... Nada: es inútil; no se le encuentra nunca; ¡y yo que venía tan hueca á ofrecerle el ramillete como prenda de paz inalterable!

GENARO. ¡Señorita...! (¿Debo decirla...? No... ¿Qué infernal alegría me retoza en el alma, que me produce remordimiento?)

ADELA. Pero no importa; V. se llevará la flor más hermosa. Este clavel encarnado...

GENARO. Una violeta bastará para mí.

ADELA. ¡La flor de la modestia...! Casi tiene V. razon; porque es V. tan modesto, que no se atreve siquiera á levantar los ojos delante de las personas que le aprecian... (Arrancando la flor del ramillete.) ¿Quiere V. que la coloque en el ojal de la levita?

GENARO. (Turbado.) ¡Adela...! (Adela le pone la violeta en el ojal.) (Su mano de nieve abrasa mi corazon... y no sé si son las flores ó sus lábios los que exhalan este perfume embriagador que me enloquece.)

ADELA. ¡Ea! Ya está V. cruzado de caballero de la modestia.

GENARO. Quizá confunda V. la modestia con el silencio.

ADELA. Cuando se calla sobre ciertas cosas, es que se tiene desconfianza de sí mismo.

GENARO. O que se sueña con un imposible.

ADELA. No lo dirá V. por sí.

GENARO. ¡Quién sabe!

ADELA. ¡Quién sabe! ¿Volvemos otra vez á las andadas? ¡Si papá me lo ha dicho todo! ¡Si papá quiere que Alberto y yo nos casemos en seguida, y que usted y Luisa hagan lo mismo! ¿Verdad que todos vamos á ser muy felices?

GENARO. ¿Dónde está la felicidad en el mundo...? Los proyectos de su papá de V. son generosos... pero irrealizables.

ADELA. ¡No diga V. esas cosas...! Voy á creer que no es usted modesto, sino taciturno, misántropo, ave de mal agüero. Alberto, despues de todo, me ama, y ha comenzado á trabajar de veras... Luisa y V...

GENARO. Luisa y yo no nos amamos... D. Anselmo es víctima de una equivocacion lastimosa; y en cuanto á Alberto...

ADELA. Alberto... ¿qué...? Acabe V.

GENARO. (¡Ah, Dios mio! Con una palabra puedo tal vez arrancarle esas ilusiones que conserva su corazon...)

ADELA. ¿No me contesta V., Genaro?

GENARO. Digo que... Alberto no ha cambiado de conducta, como V. cree. Es el mismo de siempre. Tiene horror al trabajo...

ADELA. ¡Acabáramos! Pensé que era otra cosa más grave.

GENARO. En efecto, no es otra cosa.

ADELA. Aleccionada por Luisa, yo me encargo de traerle al buen camino cuando nos casemos. Pero usted, de cuyo amor por Luisa me hablaba papá hace poco...

GENARO. Ha confundido el amor con la natural simpatía que engendra nuestra comun orfandad.

ADELA. ¿De modo que V. no ama ni ha amado nunca?

GENARO. ¡Yo...! ¡Sí he amado...! ¡Sí amo...! No puede hablar esta humilde flor que escucha los latidos de mi pecho... Mas si pudiera, ella contestaria por mí. Como ella, humilde y silenciosa, brotó un dia la esperanza en el desierto de mis desventuras. Me embriagó con sus aromas, y renovando toda la vida de mi sér, acostumbrado al dolor, hízome soñar con un mundo de delicias inefables... Marchitóse la flor de la esperanza... Quedaron las raíces amargas del recuerdo; pero con el recuerdo vivo y aliento, y aún respiro en el aire que me rodea aquel aroma delicado de la flor marchita...

ADELA. ¡Genaro! ¡Habla V. de un modo... (¡Qué extraña emocion me causan sus palabras!)

GENARO. Es posible que note V. en mi lenguaje algo de la

extravagancia del poeta... Porque, ¿qué enamorado no ha sido poeta alguna vez?

ADELA. Noto que el amor de V. es á un tiempo apasionado y triste... ¿Quizá no le corresponde á V. la mujer por quien suspira?

GENARO. No...; no puede corresponderme.

ADELA. ¿Está muy léjos de V.?

GENARO. Hay un abismo entre los dos.

ADELA. ¿El abismo de otro amor acaso?

GENARO. (Va á decir *sí*, y se contiene, y dice:) No...: el abismo de la tumba.

ADELA. ¡Muerta...!

GENARO. Muerta... sí; pero su recuerdo vivirá eternamente en el fondo de mi pensamiento. (Pausa.)

ADELA. ¡Pobre Genaro! ¡Muerta quizá cuando más próxima estaba la dicha de los dos...! Verdaderamente que soy una niña sin juicio. Yo, que solia atribuir á mal carácter, ó á cortedad de genio, esa grave tristeza de su semblante... Perdóneme V.. Genaro, si alguna vez se me ha escapado una palabra ligera que haya podido lastimarle...

GENARO. ¡Adela...!

ADELA. Está V. herido en el corazon... lo comprendo. ¡Y quién sabe el tiempo que necesitará la herida para cicatrizarse!

GENARO. ¡Nunca!

ADELA. Si la amistad es un bálsamo que mitiga las penas, yo le ofrezco desde ahora la mia con toda mi alma... Cuando el dolor le atormente demasiado, venga V. á mí y hablaremos de *ella*... Las penas que se cuentan se alivian...

GENARO. (¡Oh! ¡Qué suplicio!)

ADELA. ¿Aceptará V. el consuelo de mi amistad?

GENARO. (Con fuego.) Adela... tenga V. compasion de mí... Su amistad de V. renovaria mi dolor... Aléjese usted de este insensato que no puede ya contener el estallido de su corazon...

ESCENA IX.

DICHOS, D. ANSELMO y LUISA.

D. ANSEL. ¡Adela!

GENARO. (¡Ah! ¡Gracias á Dios...! Un momento más, y no hubiera sido dueño de mí.)

D. ANSEL. ¡Ea! Ya tienes arreglada tu dote, entrando á formar parte de mi razon social, en comandita.

ADELA. ¡Mi dote! (Con distraccion.)

D. ANSEL. Sí; de esta manera, sin que Alberto se lastime, disfrutareis de los productos del capital, aunque por ahora no podais usarlo á vuestro antojo.

ADELA. ¿Quién piensa en dote?

D. ANSEL. ¡Cáscaras! ¡Pues iba yo á casarte como si fueras hija de un pelafustan!

LUISA. (Aparte á Genaro.) Acaban de decirme algo que no quisiera creer... ¿Dónde está Alberto?

GENARO. (Idem.) Camino de Lóndres.

LUISA. (Idem.) ¡Era verdad!

D. ANSEL. Verás tú (A Adela) cómo Alberto piensa de distinto modo... ¡Alberto, Alberto! (Llamando.) ¿Dónde diablos se ha metido ese muchacho? ¡Alberto!

LUISA. Es inútil que V. lo llame.

D. ANSEL. ¡Cómo!

LUISA. Alberto se ha marchado de Madrid.

D. ANSEL. }
ADELA. } ¡Qué dices! (Luisa señala á Genaro.)

GENARO. Es cierto.

D. ANSEL. (Aparte á Genaro.) ¿Con esa mujer quizá?

GENARO. (Idem.) Señor...

D. ANSEL. (¡Infame! ¡Despues de lo que me habia prometido!)

ADELA. ¡Ah! ¡Me abandona! ¡Me desprecia!

D. ANSEL. ¡Pobre hija mia!

LUISA. Es preciso que vuelva.

D. ANSEL. No volverá.

LUISA. Es necesario que álguien nos restituya á ese hijo pródigo. (Mirando á Genaro.)

D. ANSEL. ¡Imposible!

ADELA. ¡Despreciada por él! ¡Entregada por él á la burla de todo el mundo!

GENARO. ¡Ah ...! (Despues de un momento de duda.) Calmen ustedes su afliccion. Enjugue V. sus lágrimas, Adela. Un momento de pasajero arrebato le lleva léjos de aquí. No importa; álguien habrá que le siga donde quiera que vaya.

ADELA. ¿Quién?

GENARO. Yo.

ADELA. ¡Usted!

GENARO. Yo, Adela, sí; yo lo salvaré... Yo se lo devolveré á V. (aunque me cueste la vida).

Telon

ACTO TERCERO.

Decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

D. ANSELMO y ADELA.

D. ANSEL. No, pues lo que es á tí no dejan tambien de convenirte estos paseos matinales... ¡Ea! ¡No te me hagas la remolona, y andando! (Adela mira á una de las ventanas de la casa, que se supone la del despacho.) ¿Qué miras?

ADELA. Nada, papá... Genaro no ha vuelto.

D. ANSEL. Tres dias hace que marchó á Valladolid á arreglar un negocio particular suyo, y no es extraña su tardanza. ¿Le echas de ménos?

ADELA. (Como asombrada.) ¡Yo!

D. ANSEL. Lo digo porque él y tú y Luisa pareceis, desde que se escapó Alberto, tres marmolillos, y sin duda en faltando uno de los tres no os hallais á gusto con vuestra tristeza.

ADELA. ¿Pero es verdad, papá mio, que yo estoy triste?

D. ANSEL. ¡Vaya una pregunta!

ADELA. ¿Y por qué? (Como preguntándoselo á sí misma.)

D. ANSEL. ¡Otra te pego! ¿Conque tú misma lo ignoras? Forzoso será que mi perspicacia te lo explique.

ADELA. Sí; la perspicacia de V., que adivinó los amores de Genaro y Luisa.

D. ANSEL. Una vez cualquiera se equivoca. ¿Somos acaso infalibles?

ADELA. Pues cuenta no se equivoque V. ahora tambien.

D. ANSEL. ¡Justo! ¡Ni que me faltáran los ojos del entendimiento! Estás triste, y es natural que lo estés. Alberto ¡pícaro! se marchó, dejándote con tu enamorado corazon herido en sus más delicadas fibras. Genaro fué tras él lleno de generosidad y nobleza, y á los pocos dias volvió insultado y despreciado por el amigo á quien se propuso salvar. ¿Qué habia de sucederte, pobre niña de mi alma, al ver ese nuevo desprecio de tu amante? Sentir

la tristeza de un afecto mal correspondido. Esto se cae de su peso, y no es menester salomónica sabiduría para adivinarlo. Lo que falta ahora es que deseches semejantes ideas de la cabeza, y me ayudes á realizar otros proyectos que he concebido para tu dicha y la mia. Soy viejo; el dia ménos pensado, ¡paff! doy de cabeza en el hoyo, y tú te quedas sola y desamparada, con bastante dinero, gracias á Dios, pero sin aptitud para manejarlo. Hay, pues, que buscarte un apoyo...

ADELA. Padre mio, no me hable V. de esas cosas.

D. ANSEL. ¡Nada! La imágen de Alberto que no te deja vivir. ¡Pícaro sobrino, que ha trastornado todos mis planes! ¡Si al ménos se arrepintiera...!

ADELA. ¿Conque es Alberto quien causa esta tristeza que me consume?

D. ANSEL. Alberto.

ADELA. ¿Es él quien me hace buscar la soledad en el fondo de estos bosquecillos, y sentir dentro de mi pecho el hervor de las lágrimas que luégo brotan á torrentes de mis ojos?

D. ANSEL. Alberto.

ADELA. ¿El, quien me hace suspirar con desconocida angustia cada vez que los últimos rayos del sol poniente se quiebran en los cristales de mi ventana?

D. ANSEL. Alberto es.

ADELA. Y cuando me duele que Genaro, fijo siempre como una estátua en la mesa de su escritorio, huya de hablar conmigo y desvie sus ojos de mis ojos, y busque los de Luisa con misterioso afan, ¿tambien es Alberto quien me causa este dolor en el alma?

D. ANSEL. Tambien, hija, tambien; porque Genaro te recuerda á Alberto, desgraciadamente.

ADELA. Tiene V. razon: no veo á Genaro sin recordar á Alberto...

D. ANSEL. ¡Eh! ¿Qué tal?

ADELA. Ni recuerdo á Alberto sin compararlo con Genaro.

D. ANSEL. ¡Cabalito! Y desearias que Alberto fuese tan laborioso como Genaro...

ADELA. Y capaz, como Genaro, de conservar en el corazon el recuerdo doloroso de una mujer amada...

D. ANSEL. ¡Cómo! ¿Tú crees que todavía...?

ADELA. ¡Vaya! Le he visto más de una vez besar á hurtadillas un objeto que guarda constantemente en su cartera... y ¡he llorado!

D. ANSEL. Es natural; te acordarias de...

ADELA. No, padre mio; no me acordaba de nada ni de nadie, más que de llorar.

D. ANSEL. ¡Porvíchele...! El romanticismo se ha metido puertas adentro de esta casa, y nos va á volver locos á todos... Pues, mira, yo no soy romántico, y á mí nadie me quita de la cabeza los proyectos que concibo. Si Alberto no vuelve arrepentido de sus faltas y con propósito de la enmienda, aunque tú gimotees y el otro se acuerde de la difunta, y el mundo se desmorone por un costado, me he de salir con la mia. ¿Lo oyes? (A Adela, que está ensimismada.)

ADELA. ¿Qué?

D. ANSEL. ¡Voto al Alberto de mis pecados! Vamos, vamos á dar nuestro paseo, y te iré explicando poco á poco mi proyecto; pero cuidadito con que te me distraigas. (Vánse derecha, desapareciendo entre los árboles, continuando la conversacion.)

ESCENA II.

GENARO.

(Saliendo por la puerta que está bajo el terrado.)

Dos horas há que duerme, y bien necesita de este descanso reparador. ¡Ojalá que su espíritu despertára con su cuerpo, para no rendirse más al sueño de la indolencia! (Cierra la puerta y viene hácia el proscenio.) Lástima me da, si atiendo á la miseria de su condicion; ira y despecho, si entre él y yo se interpone la adorable sombra de Adela. Verle degradado me repugna; pero si advierto que su degradacion le separa de la mujer que amo, siento así como infernal deseo de que no se restaure jamás su espíritu embrutecido. ¡Oh...!

No puede continuar esta lucha... He formado un propósito, el único razonable, y debo cumplirlo á toda costa... y lo cumpliré. Mas... ya tarda Luisa... ¿No la habrán avisado...? ¡Ah! ¡Ella es!

ESCENA III.

GENARO, LUISA por la izquierda.

LUISA. ¡Genaro!

GENARO. ¡Al fin!

LUISA. ¿Nadie le ha visto todavía?

GENARO. Nadie.

LUISA. ¿Dónde está?

GENARO. Allí, en mi cuarto. A poco de nuestra llegada hice que se arrojára sobre el lecho, y ha logrado encontrar en el sueño el alivio pasajero de su justa pena.

LUISA. ¿Luego viene arrepentido?

GENARO. Viene, á lo ménos, avergonzado de su conducta. Ya recuerda V. la carta que me escribió desde Valladolid, invocando mi amistad para que acudiera en su auxilio, y pidiéndome perdon por haberme arrojado de su presencia cuando le alcancé en París. Acudí á su llamamiento, como usted sabe, pretextando para D. Anselmo que me obligaba á hacer este viaje un negocio de mi particular interés. Le hallé en una mala fonda, y el aspecto verdaderamente lastimoso de nuestro pobre amigo me llegó al alma. Enfermo, desencajado, más parecia el espectro de la miseria que la representacion humana de la juventud. Adiviné lo que acababa de pasar. El habia perdido hasta el último luis, quedándole apenas lo necesario para volverse á España, y ella, la desalmada que nos le arrebató, se habia escapado, no con otro amor más constante, sino con otro bolsillo más repleto. Le miré... Ocultó el rostro entre las manos, y rompió á llorar con amargo desconsuelo. Saltáronseme tambien las lágrimas á mí, y levantándole entre mis brazos le dije al oido una sola palabra: «¡Ven!»

LUISA. ¿Y él...?

GENARO. El seguia llorando como un niño, y entregado á mi voluntad como un pobre imbécil.

LUISA. ¡Ah! ¡Cuánto ha debido sufrir su corazon extraviado, pero lleno de sentimientos generosos!

GENARO. No es fácil imaginarlo siquiera. Su vida ha sido un infierno. Cuando he comparado esa vida de placeres infames, adquiridos á costa de todos los goces del espíritu, con la mia pasada, llena de privaciones y reveses, he dado gracias á Dios al ver que hay algo más terrible que la saña del dolor, y es la amargura del placer.

LUISA. Pues bien; ahora es preciso...

GENARO. ¡Silencio! El sale.

LUISA. ¡Oh! Déjeme V. que contemple un instante á ese enfermo del corazon.

(Apártanse, miéntras Alberto sale ensimismado y como quien despierta de un sueño.)

ESCENA IV.

DICHOS, ALBERTO.

ALBERTO. ¡Ah! Aquí se respira mejor que entre esas cuatro paredes, más tristes que la memoria de mis extravíos. El aire de la mañana parece que me devuelve la vida, y al verme de nuevo en estos sitios, que abandoné en mal hora, advierto que, si me acusan como jueces, tambien me animan y me consuelan como hermanos. El silencio de esta naturaleza tranquila me revela toda la dulzura de la paz del alma. ¡Ay del que la ha perdido para siempre...! Siento cansancio del cuerpo, cansancio del espíritu... tal vez hastío de la vida... El tiempo ha marcado el trascurso de unos pocos meses desde que salí de esta casa; pero mi alma ha envejecido como si fuese un año cada dia... Mi tio no me perdonará... Adela... ¡Pobre Adela! ¿Con qué derecho puedo reclamar su cariño? ¡Qué justo, pero qué espantoso desamparo! No... no habrá quien tenga compasion de mi desdicha... ¡No! ¡Nadie tenderá una mano al miserable que rechazó la mano de la felicidad!

LUISA. (Cogiéndole una mano.) ¡Alberto!

ALBERTO. ¡Luisa!

GENARO. (Cogiéndole la otra mano.) ¡Amigo mio!

ALBERTO. ¡Genaro!

LUISA. Ha blasfemado V. de Dios...

GENARO. Has calumniado á los hombres...

ALBERTO. ¡Ah! Sí... Y Dios con su misericordia, y vosotros con vuestra piedad, humillais de nuevo la soberbia de mi desesperacion... Perdonad á este pobre insensato... No me abandoneis... ya que no puedo implorar el cariño de nadie, sino la lástima de todos.

GENARO. ¿Por ventura álguien ha dejado de quererte?

LUISA. O exagera V. sus propias faltas, ó cree demasiado en la virtud de los demás. Todos necesitamos indulgencia...

ALBERTO. ¡Todos! Y V. tambien...; V., virtud que se oculta en el regazo de la modestia, desinterés que sonríe, abnegacion que calla... ¿Usted tambien necesita el perdon de los demás?

LUISA. Tanto como V... ¡Sólo Dios es capaz de penetrar en el fondo de la conciencia!

ALBERTO. Y tú, Genaro, á quien tanto he ofendido... tú tambien...

GENARO Como el que más.

LUISA. Pero no cometamos una imprudencia. Su tio de usted puede volver de un momento á otro de su paseo matinal, y no conviene que le vea todavía.

ALBERTO. ¡Ah! Ya lo decia yo. Es que debo temer su justa cólera...

LUISA. No; el pobre, quebrantado de salud desde que usted marchó, podria trastornarse si recibiera de pronto un gozo inesperado.

GENARO. Y Adela ignora igualmente tu llegada.

LUISA. Y es preciso que los preparemos á entrambos.

GENARO. Vuelve, pues, á tu prision, y conten la impaciencia por breve tiempo.

ALBERTO. ¡Si viérais lo que me aterra la soledad! ¡Si supiérais el bien que me hace vuestra compañía!

GENARO. Es preciso, sin embargo, que hagas un poco más de penitencia.

LUISA. Bien merece algun sacrificio la dicha que le espera.

ALBERTO. ¡Ya no habrá dicha para mí!

GENARO. ¡Ea! Basta ya.

ALBERTO. ¡Genaro! (Estrechando su mano.) ¡Hermano mio...! (A Luisa id.) ¡Luisa! ¡Es V. un ángel!

GENARO. (Haciéndole entrar en la casa.) ¡Adentro!

LUISA. (¿Por qué á mí no me ha llamado tambien hermana?)

ESCENA V.

LUISA, GENARO.

GENARO. (Aparentando volubilidad.) Ahora formemos nuestro plan, amiga mia. La ocasion es oportuna para anunciarles á entrambos la llegada de nuestro prisionero. ¿Le parece á V. bien...?

LUISA. Si... Me parece bien, y me parece además que con tal motivo noto en V. una alegría extraordinaria...

GENARO. ¡Es posible...! La vuelta de mi amigo... que es, en cierto modo, un triunfo para mí... Luégo... ¿no se lo he dicho á V.? He recibido proposiciones muy ventajosas de una casa de París, y...

LUISA. ¿Y qué? ¿Piensa V. dejarnos?

GENARO. Alguna vez habia de suceder; y cuando á uno se le presenta una carrera brillante...

LUISA. Pues nada me habia dicho V. hasta ahora.

GENARO. ¿No? (Con afectada naturalidad.)

LUISA. Como que eso tiene trazas de ser una determinacion repentina... quizá de hoy mismo.

GENARO. Le aseguro á V. que durante mi permanencia en París dejé ya medio arreglado este asunto.

LUISA. ¿Y desprecia V. el hermoso porvenir que en esta casa se le ofrece por la eventualidad de un negocio desconocido?

GENARO. (Recalcando.) ¡Hermoso porvenir...! (Transicion: con fuego.) Luisa, ¡no puedo más! Un nuevo tormento me desgarra las entrañas. ¡Creí que mis penas habian llegado al término de lo posible...! ¡Me engañé! Creí que despues de traer yo mismo á Alberto á los piés de Adela, para que

Adela le otorgue en sus brazos un perdon que me destrozará el alma, no quedaba en el cáliz ni una gota de hiel. ¡Me engañé...! Nada es lo que he sufrido hasta ahora... La víbora de los celos se ha enroscado á mi corazon, y si permanezco un dia más aquí, no respondo de mi gratitud al favorecedor, ni de mi lealtad al amigo.

LUISA. ¡Genaro...!

GENARO. (Con viveza y fuego crecientes.) ¿Quiere V. que el silencio me ahogue? Déjeme que á lo ménos un instante pueda abrir el cráter de este volcan que hierve en el fondo de mi pecho, cuyos secretos nadie conoce más que V. Miéntras Alberto ha estado léjos de Adela, cierta especie de sopor delicioso ha producido en mi corazon el efecto de una esperanza lisonjera. Pero ahora, cuando pienso en que yo mismo he de ponerlo en los brazos de la mujer que adoro...; cuando me figuro que ella va á estrecharlo contra su corazon virginal, y envolverlo en una de esas miradas de fuego que calcinan nuestro espíritu...; cuando me imagino que aquellos lábios celestiales se posarán palpitando de amor sobre una frente que no será la mia..., siento en mi sér la conmocion que debió sentir Satanás al verse arrojado desde la cumbre de la eterna luz al abismo de la eterna sombra.

LUISA. ¡Oh! Calle V.... Esas palabras despiertan aquí (el corazon) algo que dormia bajo el influjo de una virtud endeble y quebradiza.

GENARO. ¡Ah! ¿Tambien V....?

LUISA. ¿Por qué no?

GENARO. ¡Gracias á Dios que ha bajado el ángel de su pedestal y se reviste con las formas groseras de la carne humana!

LUISA. Genaro, ¿es lícito alegrarse de las miserias ajenas?

GENARO. ¿Y la palabra abnegacion que V. me recordó algun dia?

LUISA. ¿Quién pide abnegacion á los celos...? ¡Ah...! Yo tambien sentí como infame regocijo el saber que Alberto huia del lado de la pobre Adela. Yo he aprovechado esta ausencia para dibujar en el pensamiento candoroso de esa niña la noble figu-

ra de V., Genaro..., y borrar la de su prometido... Yo tambien supe con lástima profunda las desdichas de Alberto, y veo con dolor infinito que se acerca la hora de perderlo para siempre...

GENARO. ¡Igual á mí, Luisa... igual á mí...!

LUISA. ¿Pues queria V. encontrar en la tierra una virtud sin la sombra de una caida...? Pero Dios me ayudará para que en esta borrasca de mi espíritu el oleaje de la pasion se estrelle contra la roca del deber.

GENARO. Porque yo no tengo esa confianza, huyo de aquí hoy mismo.

LUISA. Y hace V. bien, Genaro.

GENARO. Sería capaz, si no, de aborrecer á Alberto, y no quiero aborrecerle.

LUISA. Tiene V. rázon. Es necesario que se marche usted sin demora.

GENARO. Sin demora, sí... ¡Un adios á D. Anselmo..., un adios á Adela..., y otro adios eterno á las esperanzas de mi vida...!

ESCENA VI.

DICHOS, ADELA, D. ANSELMO, por el fondo derecha.

D. ANSEL. (En el cenador.) Déjame que te abrace una vez más. ¿Cómo podia yo figurarme que no pusieras obstáculo á mi proyecto?

ADELA. ¡Padre mio! Pero yo dudo de que él se incline á lo que V. desea.

D. ANSEL. ¡Eh! ¡Tontuela! ¿Puede él imaginar cosa que más le convenga? Pero vamos, señor: ¿dónde tendria yo la cabeza para no comprenderte? ¡Por vida de mi perspicacia! ¡Otro abrazo, y otros ciento...! ¡Bendita seas! ¡Me vas á hacer muy feliz, muy feliz, hija de mi alma!

GENARO. (A Luisa.) Parecen más alegres que de costumbre

LUISA. ¿Les habrán anunciado quizá su llegada?

GENARO. Acerquémonos. (Se acercan al asiento.) ¡Señor...!

ADELA. (Levantándose.) (¡Es él!)

D. ANSEL. ¡Genaro! ¡Usted aquí...! ¡Oh! ¡Qué excelente au-

gurio...! No: lo que es esta vez si que me salgo con la mia.

GENARO. (Saludando á Adela con afectada gravedad.) ¡Señorita!

ADELA. (Confusa y cortada.) ¡Genaro...!

GENARO. (¡Saben que ha venido, y temen preguntarme por por él!)

LUISA. (A Adela, trayéndosela hácia el procenio, miéntras quedan hablando D. Anselmo y Genaro.) Ven, Adela mia: tengo que darte una noticia muy agradable.

ADELA. Estoy yo deseando dártela á tí... porque me parece que nunca he sido tan dichosa, y necesito decirlo á todo el mundo.

LUISA. Se trata de él...

ADELA. Ya lo sé: de él, cuyas confidencias conoces tú mejor que nadie. ¿Te ha hablado de mí?

LUISA. ¿Pues no? ¡Si te ama tanto!

ADELA. ¿Y aquel antiguo amor...?

LUISA. Sueño de una hora; ilusion de un instante...

ADELA ¡Crees tú que me ama...!

LUISA ¡Adela mia! (Con intensidad cariñosa mezclada de amargura.)

ADELA. ¡Oh! Yo sí que le amo, con un amor extraordinario, que no podria explicarte aunque quisiera... Mezcla de respeto á su carácter y de admiracion á su inteligencia, este amor se me impone como yugo delicioso de mi pueril inconstancia. No es aquel amor novelesco de los primeros años de que tú me hablabas en otro tiempo: no es el cariño voluble de la niña: es el hondo afecto de la mujer que se siente subyugada por la superioridad de un hombre.

LUISA. ¡Qué dices, Adela...! Pero yo no acabo de comprender... (Con regocijo, como adivinando.) (¡Dios mio! ¿Será verdad lo que sospecho?)

D. ANSEL (Levantándose mal humorado del banco y viniendo al proscenio.) Sí, yo le perdono á él; pero á V. no le perdono esta mala partida que me hace.

ADELA. ¿Qué pasa?

D. ANSEL. Que está de Dios que no he de dar una sola vez en el clavo. Este señorito se nos va...

ADELA. ¡Se va! (Aterrada.)

GENARO. No me crean Vds. un ingrato. He adquirido compromisos en el extranjero, y no debo rechazar la fortuna que se me ofrece.

D. ANSEL. Ni yo trato de cerrarle las puertas de la fortuna. Vaya V. norabuena, y así Dios le dé tanta felicidad como yo deseaba darle... ¡Qué le hemos de hacer, hija mia, qué le hemos de hacer!

LUISA. (Aparte á Adela.) Detenle, Adela. Una palabra cariñosa de tus lábios bastará para evitar su marcha.. (A D. Anselmo.) Vamos, D. Anselmo, yo le respondo á V. de que no se irá.

D. ANSEL. (Idem.) ¡Tú...!

LUISA. (Idem.) Dejémosla con él, que Alberto los escuche y Dios hará lo demás.

(Vánse izquierda primer término.)

ESCENA VII.

GENARO, ADELA.

ADELA. (A Genaro, que va á entrar en la habitacion donde está Alberto.) ¡Genaro...!

GENARO. (Deteniéndose.) ¡Señorita...! (Es la traidora voz de la tentacion que me llama!)

ADELA. ¿Se va V. resueltamente de nuestro lado?

GENARO. Resueltamente.

ADELA. Sin duda le hemos tratado tan mal en esta casa que busca en otra mayor afecto.

GENARO. ¡Pluguiera á Dios que ese fuera el motivo de mi partida!

ADELA. ¡Si yo no quiero averiguar el motivo...! Cuando usted se marcha, sus razones tendrá para ello... Pero me doleria que se fuese V. incomodado con nosotros y que no se volviese V. á acordar de que todos le hemos querido á V. como si fuera de la familia.

GENARO. Adela... sería el más ingrato de los hombres si no conservase eternamente en mi corazon el recuerdo de sus bondades.

ADELA. ¿Confia V. mucho en la constancia de su memoria?

GENARO. Confio más en la constancia de mis sentimientos.

ADELA. ¿Eso es verdad?

GENARO. ¡Ojalá fuese mentira!

ADELA. ¿Por qué?

GENARO. Porque sería más feliz.

ADELA. ¿Tan mala es la constancia?

GENARO. No puede ser peor, cuando es la constancia en el infortunio.

ADELA. ¡Siempre el infortunio en los lábios...!

GENARO Porque lo tengo en el alma.

ADELA. ¡Ea! No hablemos de cosas tristes.

GENARO. Mejor será que me permita V. retirarme... (Ademan de irse.)

ADELA. ¡Qué prisa tiene V. de preparar su marcha!

GENARO. (Diríase que se complace en mi desesperacion.)

ADELA. Yo quisiera... y perdone V. mi atrevimiento..., yo quisiera hacerle á V. una súplica, y pedirle un consejo.

GENARO. Estoy á las órdenes de V.

ADELA. La súplica es una verdadera exigencia... No sé si me atreva...

GENARO. Diga V.

ADELA. ¡Somos tan curiosas las mujeres...! Alguna vez, paseando yo por el jardin ó haciendo labor en el terrado, le he visto á V. sentarse entre los árboles, abrir una cartera que lleva V. siempre consigo, contemplar con atencion profunda un objeto, para mí invisible, y acercarlo á los lábios con febril apasionamiento.

GENARO. ¡Adela! ¿Qué quiere V. saber?

ADELA. ¡Jesus! ¡Qué mirada tan terrible...! Comprendo que mi indiscrecion no tiene disculpa... Pero un dia le dije á V. que viese en mí una hermana; que cuando el recuerdo de un amor perdido amargase su corazon, viniera V. á mí y hablaríamos de *ella*...; de ella queria hablarle á V. yo ahora, sospechando que sería su retrato lo que usted besaba... Si me he equivocado..., perdóneme V.

GENARO. Se ha equivocado V.: no es su retrato.

ADELA. Bien..., pues pasemos al consejo. Aunque V. no tiene tanta confianza en mí que merezca ser depositaria de sus secretos, yo la tengo en V. como en un amigo cariñoso que desea mi felicidad.

GENARO. Más que la mia, Adela.

ADELA. Eso me anima. Se trata de mi matrimonio...

GENARO. (¡Ah!)

ADELA. Mi padre, cansado de esperar y temeroso de que la muerte le sorprenda, quiere casarme en seguida.

GENARO. Bien me parece.

ADELA. Yo, sin embargo, vacilo todavía.

GENARO. ¡Si V. le ama!

ADELA. ¡Le amo!

GENARO. Pues siga V. el impulso de su corazon, y no me pida V. á mí consejo... (Queriendo marcharse.) (¡Ay de mí!)

ADELA. (¡Ha palidecido!) ¡Genaro...!

GENARO. ¿Más aún?

ADELA. ¡Es que como yo no sé si él me ama...! Lo que sé es que guarda todavía en su corazon las cenizas de un amor pasado, y eso puede ser un obstáculo insuperable...

GENARO. (¡Dios quiere que yo cumpla con el último deber!)

ADELA. ¿Cree V. que soy bastante bella para borrar de su pensamiento la imágen de otra mujer hermosa?

GENARO. ¡Si es V. bastante bella! (Con arrebato.) Una sola mirada de sus ojos desvanece los recuerdos de toda otra mujer en el pensamiento de un hombre, como la primera luz del sol desvanece las sombras de la noche. Una sonrisa de esos lábios purísimos, donde parece que la inocencia juguetea entre perlas y corales, bastará para que él caiga á sus piés loco de amor y ébrio de felicidad...

ADELA. ¡Genaro!

GENARO. Diríjale V. una palabra cariñosa, y su voz le atraerá, como atrae al alma humana la armonía de los cielos... ¿Quién será capaz de resistir á los encantos con que Dios la ha dotado á V.? Su amor puede hacer hombre de bien al perverso, virtuoso al honrado, santo al virtuoso, y el más feliz al más desventurado de los hombres. ¿Cómo, pues, ha de dudar V. de ser amada?

ADELA. Sí... sí; yo creo que me ama, en efecto... Yo creo que me ha amado siempre...; pero temo que no se haya desvanecido aún de su pensamiento el recuerdo de otra mujer querida.

GENARO. No lo tema V.

ADELA. Necesito una prueba para convencerme.

GENARO. ¿Qué prueba...? (Sin entender.)

ADELA. Ver... el objeto que él, bajo estos árboles, contemplaba un dia con atencion profunda, y lo acercaba luégo á los lábios con febril apasionamiento...

GENARO. (Comprendiendo, y presa de una alegria y de una confusion indescriptibles.) ¡Ah, Dios mio...! ¿Soy yo...? ¿Sueño...? No... no puede ser... (Dirigiéndose de pronto á la puerta del cuarto de Alberto, que se abre, apareciendo éste.) ¡Alberto...!

ESCENA VIII.

DICHOS, ALBERTO.

ADELA. (Con extrañeza y disgusto.) (¡Alberto!)

GENARO. Ven... Lo sabrás todo... Pero no he sido traidor á la amistad... Era tu prometida... ¡Sea tu esposa!

ALBERTO. ¡Mi esposa...! ¿Me ama, por ventura...? ¿Nos hemos amado alguna vez...?

ADELA. ¡Es verdad!

ALBERTO. ¡Genaro! He oido la historia de tu alma incomparable, y mereces tanto el cariño de Adela, como yo su desprecio. Sea cualquiera el objeto que guardes con adoracion supersticiosa, muéstraselo, que no será recuerdo de otro amor en quien como tú no ha tenido más que un amor en su vida.

GENARO. Alberto, ¿debo yo, en tu presencia...?

ALBERTO. No vaciles.

GENARO. Hélo aquí. (Saca de la cartera una violeta marchita.) Símbolo de mi cariño silencioso, esa violeta fué colocada por sus manos de V. sobre mi corazon...; símbolo de mi esperanza desvanecida, la guardé marchita dentro de mi pecho, que era sepulcro digno de esas humildes cenizas.

ADELA. ¡Ah! ¡Mi violeta! (Besándola.)

GENARO. Brote de nuevo fresca y lozana al contacto de sus lábios, como ha renacido mi esperanza al influjo de sus palabras cariñosas.

ALBERTO. ¡Y no he comprendido yo nunca esa felicidad! ¡Y he podido ser obstáculo á la vuestra! No volveré á serlo de la de nadie.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, D. ANSELMO, LUISA.

(Izquierda.)

D. ANSEL. ¿Ni volverás á las andadas?

ALBERTO. ¡Tio!

ADELA. ¡Padre mio! ¡No se va! ¡Me ama!

D. ANSEL. ¿A mí me lo dices, sabiéndolo Luisa?

ADELA. (A Luisa.) ¡Hermana mia!

LUISA. ¡Tú serás dichosa!

D. ANSEL. Ea, sobrino; hay que tomar una determinacion. Genaro es desde ahora mi sócio. El destino que él deja será tuyo, si al fin te decides á servir para algo en esta vida.

ALBERTO. Sí... Yo recobraré con el trabajo lo que he perdido con la indolencia.

GENARO. (Mirando á Luisa.) Y no te faltará una mano afectuosa que te ayude á subir la pendiente...

D. ANSEL. Cuando aprendas que el amor no es la novela de una imaginacion pueril, sino la historia de un sentimiento inquebrantable.

GENARO. Es que la novela del amor pocas veces llega á ser historia si no se escribe con lágrimas del corazon.

(Telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

		TITULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería.
6	3	Sr. D. Lino Guerrero, Madrid.	2	Julian Sanchez......	Todo.
2	1	Amor y amor propio.........	3	Fuentes y Alcon....	»
»	»	El baston y el sombrero.....	3	Eusebio Blasco.....	»
5	2	El nudo gordiano d. o. v.....	3	Eugenio Sellés.....	»
5	2	El ramo de flores...........	3	Sres. Pacheco y M. Godino.............	»
6	2	El rosario de mi abuela......	3	D. J. G. de Lima.......	»
9	4	La deshonra.................	3	Manuel Nogueras...	»
6	3	La opinion pública—d. o. v...	3	Leopoldo Cano......	»
»	»	La tabla de salvacion—c. a. p.	3	Sres. Coello y Herrero.	»
3	3	Las consecuencias...........	3	D. J. G. de Lima......	»
9	4	Las penas del purgatorio-c. a. p.	3	Sres. C. Arana y Fuentes.	»
»	»	Trabajar por cuenta propia..	3	Leandro A. Herrero.	»
7	3	Un árbol torcido—c. a. p.....	3	Venancio Magin....	»

ZARZUELAS

2	2	Candidez y travesura.........	1	D. Jerónimo Moran.....	L.
		Don Abdon y D. Senen.....	1	Sres. Liern y Rubio y Espino..............	L. y M.
		En la calle de Toledo........	1	Sres. B. de Cortes y Rubio	L. y M.
2	1	La niñera..................	1	D. Luis Pacheco........	L.
3	3	Las damas de la camelia.....	1	Jerónimo Moran....	L.
		Los dos cazadores...........	1	Ricardo Caballero...	L.
		Panchita en el muelle de la Habana..................	1	Sres. Chueca y Valverde	M.
5	6	El diablo en la abadía........	2	Sres. Almeda y Mangiagalli............	L. y M.
5	4	El padrino..................	2	Trinchant y P. Castro	L.
3	1	El ruego de una madre......	2	D. Sebastian Cruellas....	L. y M.
		El destierro del amor.......	2	Sres. Liern, Rubio y Espino..............	L. y M.
5	2c.	El anillo de hierro—d. o. v..	3	Zapata y Marqués....	L. y M.
4	3c.	El campanero de Begoña....	3	Pina y Breton.......	L. y M.
11	2	Fra Diavolo................	3	D. Jerónimo Moran.....	L.
		La banda del Rey...........	3	José Casares........	1/2 M.
6	3	La dama blanca.............	3	Sres. Moran y Andilla..	L.

Nota. Ha dejado de pertenecer á esta Galería la comedia en un acto, titulada *Una chica alemana;* la música de la de tres actos *La fiesta del hogar*, y el libreto de las zarzuelas *Juana, Juanita y Juanilla*, y *Sobre áscuas*.

DEL MISMO AUTOR.

La Dama del Rey, drama histórico, en tres actos y en verso.

La mirada del muerto, balada dramática, en un acto y en verso (1).

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, y de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

---

(1) En colaboracion de D. José Cavanilles.